

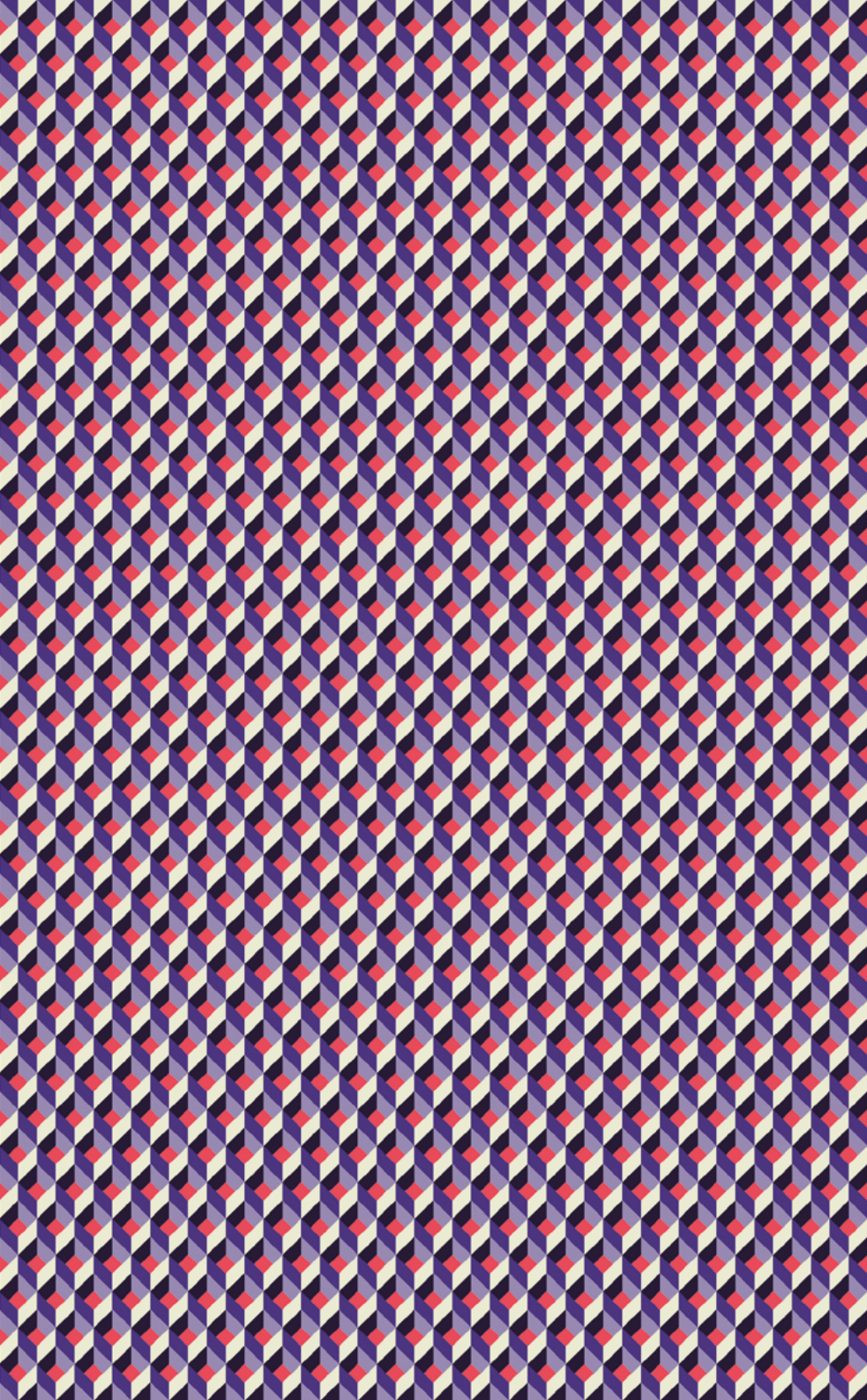
HERMINIA DIONIS PIQUERO

CUESTIÓN DE ESTÉTICA

SERIE ZENOBIA

CULTUR**e**BOOKS

RELATOS
CORTOS



HERMINIA DIONIS PIQUERO

CUESTIÓN DE ESTÉTICA



III CERTAMEN NACIONAL
DE RELATOS CORTOS
ZENOBIA



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Moguer**

Datos Edición

Primera edición en formato Papel: octubre 2007

Primera edición en formato ebook: agosto 2020

© Universidad de Huelva

© Herminia Dionis Piquero

Colección: **CULTUR**

Serie: **ZENOBIA** / N.º: 4

Papel: Estucado mate 130 g

Encuadernación: Estucado mate 300 g

Impresión: Impreso en España. *Printed in Spain*

Depósito Legal: H-231-08

ISBN papel: 978-84-18280-72-6

ISBN Ebook: 978-84-18280-31-3

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.

QR DE DESCARGA



EBOOK



Citar
el libro



Navegar por
marcadores e
hipervínculos



Realizar
notas y
búsquedas
internas



Volver al índice
pulsando el pie
de la página



Comparte
#LibrosUHU



Únete y
comenta



Novedades a
golpe de klik



Suscríbete
a nuestras
novedades



Uno en esta profesión, acaba forjándose una coraza metálica en la que las sorpresas rebotan, patinan o se deslizan, porque el ánimo no les ofrece ningún asidero en el que aferrarse un instante.

Esta armadura no se fraguó con hierro dulce, aquel que libre de impurezas se trabaja con facilidad, al contrario, son lingotes de desecho tan agrios y rígidos, que le cierran el paso al asombro.

Es una lástima tener que mutilar las emociones, lo sé pero, de alguna manera, todos necesitamos protegernos y viendo lo que tengo que ver en mi día a día, ¿quién no se metería a herrero, aun sin dominar el oficio?

Yo soy, porque todavía no lo he dicho y me gustaría justificar este carácter de hombre de hojalata, chófer y ayudante de un furgón funerario que trabaja para la policía judicial.

Una especie de coche escoba que recoge a los que nunca entrarán en la meta, porque para ellos la etapa y la carrera han terminado repentinamente.

Con mi compañero embolsamos los cuerpos o sus restos, o los restos de sus restos, que son muchos los caprichos de la muerte y en no pocas ocasiones se le antoja hacerte añicos o jirones o grumos o tajadas, y nos lleva nuestro tiempo empaquetar un equipaje tan desmenuzado. Por no hablar de cuando son varios los cadáveres astillados; entonces hay que acertar qué es

de cada quién y no es tarea sencilla si coinciden en corpulencia y raza. Pulgares tenemos todos,

¡y cómo se parecen entre ellos!.

A veces los confundimos y los metemos en saco contrario. El forense nos reprocha el fallo pero entiende que es complicado, sobre todo porque hay demasiada gente entorpeciendo el aire, revolviéndolo todo, buscando indicios y tomando notas en el mismo escenario; me refiero al escenario del crimen, por supuesto.

Aquella mañana recibimos un aviso de recogida nada más empezar el servicio. La víctima se había enfriado con la noche y con el homicidio, de ahí que cuando la metimos en la funda, hasta el aliento que no tenía y el brazo que le faltaba, nos pareciesen congelados.

A priori era un ajuste de cuentas entre narcotraficantes de poca envergadura. Un cargador nada disperso le había hecho un agujero bien centrado, por el que se le escapó la sangre y la vida y aquello que le importase de ella.

Los investigadores recogían información de los vecinos, de los casquillos, de los vasos que nadie había fregado, de las arrugas vacías de las sábanas, de la puerta que se abrió sin fuerza, del cuerpo que cayó a peso...; y, entregados como estaban a esa enciclopedia en fascículos sin encuadernar, nos ordenaron que lo retirásemos de allá. Ellos se quedarían un rato más, siempre lo hacen, han de decidir qué cubiertas le ponen al diccionario por entregas que es un asesinato.

Afortunadamente el resto de la jornada estuvimos parados. Lo normal son varias salidas por turno,

excepto en fines de semana, en los que los delitos se amontonan en cócteles de pastillas aceleradas, licores sin reflejos y escasa imaginación para vivir la risa.

La luna llena también es musa del verdugo; esas noches las espaldas se arquean y los cerebros se transforman en una garra sin pasado ni futuro que busca en la sangre fresca su identidad de lobo. Aunque el rizo lo completan los eclipses, eso es el barroquismo de la tragedia; el horror se abre en un abanico de fiebres satánicas, donde lo absurdo y lo letal se confunden en el sitio y a la hora equivocados; es, en suma, la oscuridad de las conciencias, una amalgamaba viciosa de miembros que volver a soldar en uno. Visceras a granel que aún reflejan el desconcierto de un pecado sin sentido.

Abotargado en esa calma chicha en la que parece que la vida se detiene abochornada, mi ánimo fue liberando una sensación extraña que le invadía desde el punto del día. Al principio imperceptible, luego, el viento de la inquietud despeinó mi frente dejándola a la vista y en unos minutos, se convirtió en una tormenta de ideas surgida por encantamiento de un océano de incertidumbres; todo en mí, zozobró.

De un salto me dirigí hasta la puerta, y tras ésa, crucé varias más, salvando olas gigantescas de preguntas que me agitaban de babor a estribor. En el estómago, un nudo doble marinero me estrangulaba a cada paso. En el siguiente, me encontré delante del fotógrafo de la Brigada Criminal.

Su expresión en sepia no variaba nunca, no importaba lo que retratase, en su cara no había

contrastes, creo que en su existencia tampoco.

–¿Revelaste al manco de hoy? –pregunté ansioso–.

–¡Claro!. Allí tienes las copias, están en la carpeta amarilla de encima de la mesa si quieres echarles un vistazo, –dijo sin tono–.

Las cogí indecorosamente ávido, buscando todavía no sabía qué, las notaba palpar entre mis manos mientras mi pulso enmudecía.

En la cuarta instantánea se encontraba el epicentro de mi maremoto personal: paré las máquinas deteniéndome en el acto y eché el ancla, amarrando la confusión a la sorpresa. Iba a quedarme en ese puerto durante mucho tiempo.

Pedí más imágenes, de otras aberraciones, de otros exterminios... Apuñalados, estrangulados, desollados, ametrallados, descuartizados, ellos y sus espíritus comenzaron a hablarme en un susurro que sólo oía yo alimientando mi atención.

Los expedientes apilados en columnas se engrosaban por los negativos y un tercer impreso que pertenecía a la autopsia. Leí aprisa, aunque a conciencia, los informes médicos que acompañaban a los reportajes gráficos. No obvié línea, palabra ni anotación, estudié los clisés y los espectros volvieron a ponerme en alerta.

Suspiraba ruidosamente, inspirando el oxígeno de la habitación con ansia. El fotógrafo temiendo que le dejara sin su parte de gas, se marchó a cenar a la cafetería dejándome con los papeles y la advertencia de que no debía sacar nada de su despacho.

En realidad la documentación que consultaba consistía en duplicados y más fotocopias, de las que

cada sección tenía su original correspondiente, pero comprendía que él protegiera sus datos porque eso le hacía sentir importante. Asentí con un gesto y continué respirando con más sitio esta vez.

Comparé las descripciones del forense y las observaciones que añadió del análisis de cada cuerpo. Las cotejé con las fotografías que se habían hecho antes y después de que retiráramos los cadáveres del lugar donde fallecieron y, un estremecimiento punzante dilató mis pupilas de tal forma, que pensé que se iban a salir de sus márgenes de puro desconcierto.

Era necesario ver a otra persona, la única que podía dar una explicación a ese descuadre siniestro de información. Y deprisa, o mi paciencia se astillaría por la presión de los entes que miraban por encima de mi hombro las imágenes de lo que abandonaron a la fuerza.

Miguel, el artista dibujante que marcaba las siluetas de los finados, tenía mucho que contar y yo quería oírlo todo, y las ánimas también.

Hice copias de las copias que me llevé en un hatillo de papeles a su casa, era medianoche y presumía que lo encontraría allí.

Llamé a su puerta un par de veces, sólo tardó dos respingos en llegar hasta ella y abrirme. Ya se había acostado pero su rostro tan sólo estaba desencajado por un sueño ligero roto apenas empezado. Me hizo pasar con un gesto hacia el salón. Le sorprendía verme en su domicilio a esa hora pero tenía los reflejos entumecidos por lo que acaba de interrumpir y no opuso ninguna resistencia.

Tomé asiento apoyando los cartapacios en mis piernas, él vino en un instante con dos tazas de café y un surtido de preguntas que me servía en bandeja con la frente completamente arqueada.

Ante mí un hombre guapo, seductor, aunque me sienta un poco idiota al decirlo; atlético sin exceso, proporcionado en modos, asequible en el trato y perfumado de ese vapor bohemio que le daba su talento para la pintura que sin duda tenía. Las mujeres se acercaban con entrega hasta sus manos y su sonrisa, porque ambas eran las de un artista, incluso entre los hombres estaba bien considerado.

¿Cómo una persona de éxito se había saltado las leyes de la gravedad y del sentido común en un chiste tan macabro que podría costarle el puesto y la conciencia?. ¿Qué le impulsaría a esa oscura majadería?.

Tan codicioso estaba de su respuesta que casi no podía formular la pregunta, parecía demasiado ancha para que saliese a través de mi garganta y noté que me asfixiaba ante su paciencia opaca.

Por fortuna no viajé solo, una pandilla de difuntos me acompañaron en la curiosidad hasta su domicilio, y con sus nudillos invisibles golpearon certeramente mi espalda haciéndome escupir la primera palabra, quizás la más difícil de todas.

-No coinciden, Miguel, las siluetas de los muertos no coinciden con la realidad. -dije angustiado-.

Mientras seguía hablando fue a buscar una botella de coñac añejo con la que rellenó las tazas todavía humeantes. Los dos las bebimos hasta el poso.

-Le has puesto dos brazos al manco de hoy, he visto

las fotos y los contornos no tienen nada que ver con lo que era el tipo. Leí los informes de la autopsia de éste y de otros fiambres y luego repasé las fotografías de tus marcas y no se parecen a las de las víctimas. En lo que llevamos de año has retocado los perfiles de todos. ¿Acaso has perdido el juicio?.

¡Aún no entiendo cómo no te han llamado la atención los inspectores!. Podrías perder el trabajo y hasta que te metieran un buen paquete con cárcel incluida por esta “licencia artística”. ¡Joder!, ¿qué fiebre te ha dado?.

Abrí los sumarios que traía del Instituto con las copias de los atestados y le canté los peritajes que se habían hecho. Mira -grité sin contenerme-, aquí dice que tiene el brazo derecho amputado por un viejo accidente.

En este otro que murió descuartizado le falta la pierna izquierda, que no encontraron, y tú lo has dibujado con los trazos completos. Al que le abrieron la cabeza con un hacha separándosela de cuajo, se la has juntado en un boceto de cráneo impecable. Pero, ¡si hasta le has puesto melena a la mujer que raparon después de asesinarla!. Por no hablar de los apaños que les has hecho a los obesos, las figuras que representan tienen diez tallas menos que el natural. Reduces caderas..., aumentas los pechos..., tus calcos rejuvenecen y mejoran a los muy desgraciados..., es como si con tus ilustraciones hicieras “muertos de diseño”. ¿Qué clase de divertimento es éste?.

-Cuestión de estética -añadió encogiendo los hombros-.

-¿Perdón? -dije con un hilo de voz-.

-Sí, que lo he hecho por una cuestión de estética. Quería que, ya que la vida había sido injusta con ellos dándoles unas malformaciones que esta sociedad frívola y cruel repudia y hasta criminaliza, al menos no lo fuera también su muerte. De ahí que decidiera corregirlos, embellecerlos en suma, para que su final ya triste y desgarrador no tuviera la condena de la fealdad. Creo que tú puedes entenderlo, ¿no es así?

Terminó de hablar, con ese timbre suave y comprensivo con el que siempre hacía sonar su voz, sus comentarios te llegaban a la línea de flotación sin remedio. Estaba tocado.

Instintivamente las manos buscaron mi rodilla ortopédica en un arrumaco tierno y cariñoso hacia mí mismo. Desde hacía diez años llevaba una prótesis que me hacía cojear exageradamente en los desniveles más inoportunos. Normalmente caminaba con un vaivén casi imperceptible si no conocías el tema, pero eso no había evitado las burlas de muchos ni mi ostracismo. No le faltaba razón, este mundo torcido en el que vivimos se mofa de lo que no es plásticamente correcto. Ahora era yo el que me encogía de hombros. Tan solo pude añadir que no pensaba que él, un joven atractivo que nunca tuvo inconveniente para relacionarse, se hubiera apercebido del problema que tenemos la gente “no normal”.

Entonces, con una expresión amplia y grata, se aproximó los dedos a la cara y extrajo en un movimiento tan discreto como hábil un ojo de cristal que jamás intuí que llevase y que colocó sobre las

carpetas. Y con el único que le quedaba me miró con complicidad, al tiempo que añadió con sorna:

-Bueno, ¡nadie es perfecto!.

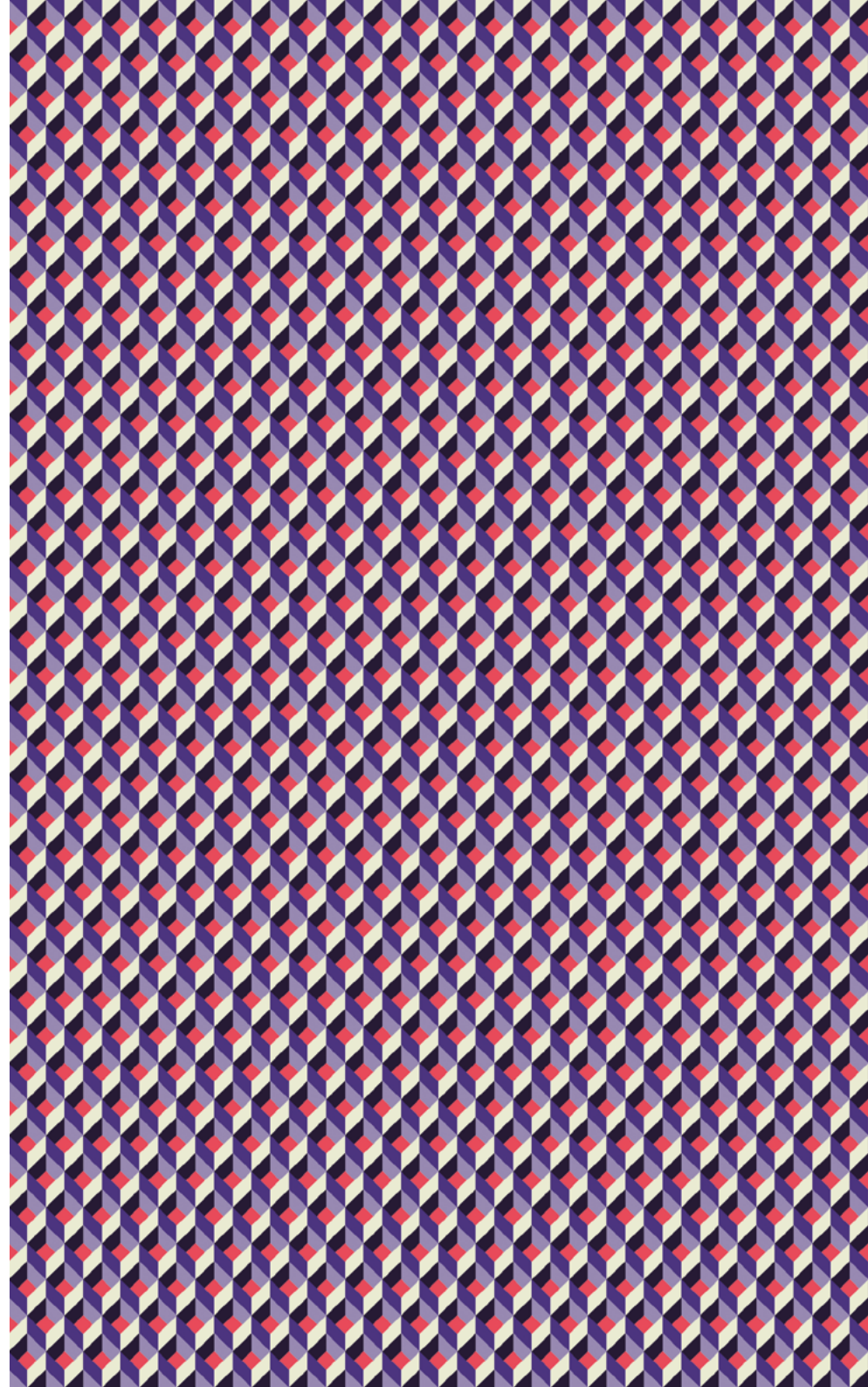
Y los fantasmas que nos rodeaban, al escucharle, sonrieron aliviados y satisfechos, mientras se esfumaban para siempre de nuestras vidas con sus recién estrenados contornos de galanes...



SE ACABÓ DE EDITAR ESTE
LIBRO EL DÍA 10 DE OCTUBRE
DE 2007, ESTANDO AL CUIDADO
DE LA EDICIÓN EL SERVICIO
DE PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD DE HUELVA







COLECCIÓN
ZENOBIA

CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS CORTOS **ZENOBIA**



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Moguer**